

Odiar la literatura

Jacobo Cardona Echeverri

Antropólogo y escritor, su última novela es *El último reino* (Editorial Universidad de Antioquia, 2021), jcardona.echeverri@gmail.com

Me parece una mala escritora simple y llanamente; llamarla escritora es darle cancha. Ni siquiera creo que Isabel Allende sea escritora, es una escritora.

Roberto Bolaño

Qué me importa que un caballero barbudo me ponga una mala crítica si tengo una fila que sale de la librería, bajo la lluvia, para la firma de mi libro. Que se joda el caballero barbudo.

Isabel Allende

Tras la disolución de The Smiths y apenas unos meses después de la publicación de su magnífico último disco, Morrissey presentaba *Viva Hate*, el primer paso de su carrera en solitario. Gran parte de las cosas que nos gustaban de la banda seguían ahí, ese lirismo turbio que hacía de la destrucción del sistema un sueño sentimental y una oportunidad para bailar. La última canción de ese álbum, *Margaret on the Guillotine*, causó una gran controversia en el Reino Unido. Estábamos en marzo de 1988, pero es probable que una canción así no hubiera sido permitida hoy en día, no tanto por la letra inofensiva, sino por los sesgos ultraderechistas característicos del Morrissey de la actualidad, algo casi esperable en el recorrido de toda una vida de un vegano militante. Estas contradicciones, de un tipo que rechazaba abiertamente todo tipo de violencia, pero expresaba que la primera ministra era solo una persona y podía ser aniquilada, lo convierten en un personaje extravagante, extensión inaudita de una música maravillosa.

Hoy en día, cuando todo el mundo vive diciendo lo que piensa, como los malos artistas, las expresiones de odio nos alinean, reagrupan, posicionan, nos dotan de anchura existencial en una época en la que el silencio es invisibilidad. El odio es ruido. Pero hay que saber odiar, odiar como la gente buena, pues esa aparente democratización expresiva de una emoción, en otros tiempos muy natural y que era personificada por unos cuantos maleducados, antisociales o revolucionarios, también se ha convertido en coartada para invalidar puntos de vista disonantes, ajenos a la visión de algunas militancias: Si critico el lenguaje incluyente, *necesariamente* soy un fascista; si elijo el

apelativo “negro” en vez de “afrodescendiente”, *sin duda alguna* soy racista; si deseo fervientemente el fin del capitalismo, *definitivamente* soy un resentido social. El lenguaje políticamente correcto muestra el fracaso de la racionalidad occidental para negociar con la alteridad un estatuto epistemológico que vaya más allá de los términos ofrecidos por el Humanismo europeo, y es así como en ese trance se recurre al llamado contra el odio para dirimir cuentas, para tranzar por lo bajo. Por tanto, al ser fuente de una fuerza emocional tan execrable, merezco ser silenciado, multado, censurado, encarcelado. El odio es una región donde la libertad juega a cambiar de disfraz. La asepsia discursiva, articulada a medidas de corrección simbólica o física, es performática e histriónica de la misma manera en que lo es la represión religiosa. De chiquitos llamábamos reprimidos a la gente sin personalidad. Y reprimidos también eran los raritos que terminaban convertidos en asesinos en serie.

Tras la publicación del *Viva Hate*, la Policía visitó a Morrissey para *comprobar* los riesgos de un atentado contra la primera ministra. Se despidieron pidiéndole un autógrafo. Mientras se *individualizan* estratégicamente las expresiones verbales de odio, el sistema hegemónico de reproducción de símbolos a nivel global hecho de comerciales con gente bella y películas de superhéroes moralistas, solapadamente excluyente, se mantiene intacto. El realismo pop como único modo de percepción y movilización ética. Porque, obviamente, las cuotas identitarias pergeñadas en los nuevos relatos están hechas para crear y ampliar nichos comerciales, no para cambiar el mundo.

Por tanto, quien se sienta con el *derecho* a decidir quién odia con la *sana* intención de *erradicarlo* es, en el fondo, otro odiador, un *palabróbobo*. Está alineado y no tolerará sutilezas.

Esta contradicción puede reflejarse, en parte, en una columna reciente de Héctor Abad Faciolince, *Leer con odio*, donde se lamenta de ser leído inquisitorialmente por no sintonizarse con el espíritu de la época. Concluye que estos “censores” lo leen con odio, cosa en la que estaría de acuerdo con él si no fuera mentira. Es muy probable que esta rabieta dominical sea resultado de la inteligente respuesta que le hizo Tatiana Acevedo, en el mismo periódico, a otra columna en la que el connotado hijo del salubrista Héctor Abad Gómez proponía el control poblacional de los pobres para reducir la pobreza. Faciolince (*When will you die?*), uno de los “hombres de cultura” más poderosos de Latinoamérica no ha sido “censurado”, al contrario, su capital social y artístico le ha permitido consolidar una obra mediocre en casi todos los lugares donde reina el atontamiento. Él puede influir para que una editorial publique o no publique a alguien. Y, aun así, a pesar de su poder, o gracias a él, busca neutralizar la crítica a su trabajo rebajándola a un simple acto de odio, a un simple desprecio personal del crítico que, supuestamente, lo censura. Para el Gran Espíritu de la Época el odiador, como el enamorado, no piensa con propiedad.

Se habrá entendido hasta aquí, que esta diatriba es una defensa del odio, del mío, por ejemplo, contra cierto tipo de literatura personificada por Héctor (*people like you make me feel so tired*), una literatura *seria* y comercialmente exitosa, de drones: verosímil, multicultural, panóptica, agradable, divina. Hecha tanto para gente culta, los que siguen haciendo de la cultura letrada una medalla, como para publicistas con almas de poeta, *groupies* coleccionistas de autógrafos. En general, para *los amantes de las historias bien contadas*, las que no molestan a nadie. Es como si los que se autodefinen del centro político también tuvieran su propio género literario. Estos especímenes lectores son los mismos que se excitan con la buena imagen de su ciudad por “innovadora” o porque la menciona Madonna en una canción, mientras muchos niños en las laderas se acuestan sin comer. Los administradores de centro se contentan con agotar su enfoque social con talleres y dinámicas de convivencia. Narran y leen el conflicto a través de tarjetas postales. Son abiertos de mente porque van de *jean* y se dejan crecer

el pelo. Solo aceptan la diferencia, a esos maricas, negros, trans, indios, que sean suficientemente pintorescos, susceptibles de ser absorbidos por el mercado y el folclor. Leen los libros que recomiendan en *La W* o los que las grandes editoriales hacen pasar en los periódicos como la revelación del año, creen que *El abrazo de la serpiente* es una película visionaria. En ellos es fácil reemplazar el criterio por el esnobismo, pues su mayor miedo, obviamente, es al qué dirán. La gran lucha intelectual de los de centro está destinada a conseguir que los pobres respeten las señales de tránsito. Y todo eso está en los libros, en sus relatos y en sus “estructuras” de inicio, nudo y desenlace, casi todos de un realismo tosco, aunque la historia sea “mágica”, pues así, contando y diciendo el porqué de las cosas la gente se entiende e identifica mejor. Una promesa falsa: el realismo suele ser una aspiración de verismo falsa que pauperiza la experiencia. La literatura de drones ofrece el mundo como algo dado, algo que solo necesita ser descrito (con buen ritmo) para ser comprendido, y es en esa postura ética, estética y política, que lo vuelven inamovible. Esta vida es suficientemente horrible como para que alguien con sus malas artes degrade la pureza de nuestro dolor y nos llene de esperanza.

Ella, Violeta Parra, lo dijo primero: *Maldigo los estatutos del tiempo con sus bochornos*.

Desde hace casi diez años, yo soy un escritor emergente. Ordenadamente, pasé por las etapas previstas por el periodismo para quienes optan por “las letras”: escritor joven y escritor promesa. Me faltó: secreto mejor guardado. Solo me han publicado editoriales independientes o universitarias, y a esa escala, he sido un relativo éxito de ventas. Mi postura es clara, disputar el canon, aunque no tenga los privilegios sociales ni los medios institucionales o empresariales para dar la batalla; mi abuelo no fue abogado y yo nací en el monte. Quien crea que los más vendidos son los más talentosos está nublado por el pensamiento mágico-positivo (los pobres son pobres porque quieren). Hablo en primera persona de mi insignificante lugar como escritor, porque así es como yo, como lector, apuesto lo leído. Y de esa postura puede deducirse que a mí no me gusta leer. Una herejía: odio que me cuenten historias y cuando siento que me están contando una, con cierto tipo de personajes y un ir para allá haciendo que pasen cosas, mis ojos empiezan a saltarse las líneas, acrobáticos, con la fe puesta en el hallazgo de un comentario perspicaz o una epifanía que

rompa con esa pueril subordinación del lenguaje a simple herramienta para narrar, para *desperatar emociones*. Para leer un libro así, prefiero aburrirme con una serie de policías y niños muertos. Y sé que en esos libros está el negocio y, en términos *mainstream*, el *Lector*. Bien por ellos, incluso por mí, no niego lo evidente, de cuando en cuando me entusiasmo al darme de frente con un relato técnicamente bien confeccionado, como lo haría al ser encandilado por el esplendor de una catedral, pero no suele ser la regla, no proliferan, y si lo hicieran, su agotamiento sería inminente. En el interior de toda catedral siempre hay una cruz. Todos los que nos dedicamos a esto tenemos a decenas de personas alrededor que tienen una gran historia para que nosotros las escribamos. Y a eso se ha reducido la humilde artesanía literaria, a oficiar de creadora de contenidos. Esta disonancia crea un envilecimiento del criterio profesional (el de los editores, académicos, periodistas culturales), en el que priman los valores ratificados en la literatura de drones cuando queremos soltar ideas sobre las cosas de las que estamos hechos, es decir, cuando deseamos hacer de la literatura una tecnología del pensamiento para intervenir la realidad. No la historia por la historia, sino la historia en cuanto nos impulsa a proponerle un nuevo trato a la lengua. Vivimos unos días en los que los libros nos ven por dentro y no tienen nada que preguntarnos.

Frente a este horizonte, precisamente, yo soy un mal prospecto. No me interesa describir el mundo, sino descifrarlo a tientas, pues no creo que nada sea natural, ni siquiera la naturaleza: la vida social es efecto de una intrincada red de poder que sitúa y que nombra. Busco un lector de poesía para mis novelas, no porque sean poemas largos o abusen de las metáforas o sean terriblemente líricas, sino porque están adredemente incompletas. No es fácil entrar en ellas, no hay señales, tampoco conflictos evidentes, y a veces pasan pocas cosas. La mayoría de los personajes son desagradables. Soy un optimista descerebrado: deseo un lector del futuro. Escribir así es escribir contra algo, es rabiar contra algo. Si se busca con ahínco una renovación de las formas, un lenguaje nuevo, que deje al descubierto la arbitrariedad del orden consagrado, entre otras cosas por las trampas promocionales del mercado, hay que dejar sangre en el camino, aunque sea la propia. Como dice Anne Carson, hay algo de lo que carecen los hechos, lo que no se puede redondear, una opacidad fundamental del ser humano que muestra la verdad mientras se mantiene oculta.

Hace poco, un pupilo y protegido (*please die*) de Faciolince (*people like you make me feel so old inside*) reaccionó a unas reseñas que hice de *Angosta* y otros libritos editados por él, diciendo que mi resentimiento se explicaba en que no soy tan leído, vendido, como ellos. En esta batalla de clases que también es el campo del arte, él me *ponía en mi lugar*. Al igual que su maestro, desistía de enfrentar las críticas con al menos un poquito de la inteligencia tóxica vertida en esas reseñas y optaba por descalificar por *envidioso* a quien se había dignado, generosamente, a hablar de unas obras para él cercanas, más allá del consenso estereotipado. Si el otro odia, está equivocado y, por tanto, es legítimo negar su palabra. Pero ¿qué hay detrás de esa palabra, qué magma, qué fuerza oscura forjada en el interior de las frías calderas de la sociedad, qué canción, qué himno punk, qué escupitajo preñado de ternura? Lo que puede parecer molestia, ofensa o resentimiento en una reseña literaria no está vinculado, al menos en mi caso, a las ganas de ocupar el lugar del reseñado, al contrario, la reseña es un llamado a la conversación donde queden en evidencia las perspectivas que se tienen de las cosas, un reto al duelo, si se quiere, donde se ponga en juego un reino. Implícitamente, el pupilo (*the kind people have a wonderful dream*) defendía los valores de su tiempo que reproducen a la vez en sus novelas y cuentos y poemas *friendly*, el reconocimiento social y económico como una de las pocas alternativas posibles para la consecución de una vida plena.

No dudo de que exista gente con tan mal gusto que envidie a Faciolince (*... on the guillotine*), pero seguro, y muy acorde con sus publicaciones, lo que tal vez envidian no es su escaso talento, sino el poder y el prestigio. La posibilidad de ir a cocteles y a ferias del libro en Alemania, de hablarles al oído a las aprendices de escritura creativa.

Morrisey consignó en su diario cuando todavía estaba en la secundaria

El abismo en el que vivo no alcanza a protegerme de la ignorancia salvaje, y ahora estoy seguro de que no estoy en compañía de mi propia especie. Querido Dios, deja que el tiempo pase rápido, y deja que esto termine. Déjame ser más viejo y que pase esta mediocridad como un sueño, uno en el que se hizo todo lo posible por enterrarme vivo.

Un par de años después de escribir esto, Morrisey ayudó a refrescar el paisaje sonoro de los ochenta y se convirtió en el artífice de una de las discografías más singulares e influyentes de la música popular contemporánea.

La ira del león es la sabiduría de Dios, dijo William Blake. Odiar la literatura de la época también son ganas de vivir más. ■



Roseberg Sandoval @rosebergsandovalg, Caribe (1989 -1992) Objeto construido con desechos de atentado terrorista y jarra. (Versión Sao Paulo, 2014) Registro José Kattán